

Ganadores y Finalistas XII Concurso de Microrrelatos 2020. Año Galdós

1. *Viudedad*. Paloma Casado Marco

En la tienda, tras toquitear todo y antes de comprar algo, mi madre —prototipo de pícaro personaje galdosiano— suplicaba un descuento al dependiente. “A ver qué puede hacer, hombre, mire que soy viuda”. Después salíamos, ella enfurruñada o contenta, según el resultado de su estrategia y yo avergonzada de asumir el obligado papel de pobre huerfanita. Al llegar a casa encontrábamos a papá hundido en el sofá con la mirada opaca de quien ha desertado de la vida. Fue en aquellos momentos cuando decidí que nunca sería viuda.

2. *Hambre literaria*. Sandra Monteverde Ghuisolfi

Era un galdosiano empedernido y eso que la biblioteca era amplia y bien surtida, así que tenía de todo para elegir; pero no, él se decantaba especialmente por las obras de Don Benito, que había descubierto el primer día y devorado una tras otra. Honestamente debía reconocer que tenía sus favoritas como Nazarín, Doña Jacinta o El amigo manso, los Episodios Nacionales le resultaban algo pesados, el Casaldueño de Misericordia era tan amargo que a veces se le atragantaba y de Miau lo odiaba todo, empezando por el título. Solía pensar que debería ser literato, si no fuese un ratón.

3. *Huir*. Ángel Manuel Gálvez Hervás

Las cosas son como a él se le antojan. Marca siempre su comienzo y el punto en que terminan. Supervisa por completo lo que digo y cómo lo digo. Hace lo que quiere conmigo y así va consiguiendo, poco a poco, un control exhaustivo sobre mí. Me siento sometida de raíz. Solo el fuerte deseo de huir hace que no pierda la esperanza. Hoy ha cerrado los ojos mientras se concentraba y he escapado. Con las prisas he caído rodando hasta el párrafo final y he entendido que todo, incluso este inútil intento de huida, ya lo tenía escrito Galdós.

4. *Confusión.* José Luis García Ruíz

Galdós no podía permitir que ese italiano enclenque le superara. Se había esforzado durante toda su carrera para ser el mejor, pero no lo había tenido fácil. Su familia era pobre y había tenido que trabajar desde chico para dedicarse a su gran pasión: la bicicleta... —¿En serio? —interrumpió Marta. No me imagino al escritor en uno de esos velocípedos con una rueda grande y otra pequeña. —¿Qué escritor? —Hablo de Paco Galdós, el ciclista vitoriano de los años setenta. Quedó segundo en el Giro del 75. —Pero Mario, ¿has leído bien de qué va el concurso de microrrelatos? —¡Mierda!

5. *¡Las doce y sereno!* Miguel Ángel Molina López

Comienza la última ronda acompañando sus pasos con el golpe del chuzo y el tintineo del llavero. Entre aviso y aviso cierra portales mientras acompaña a los últimos borrachos y a los amantes más apasionados. Después extingue el alumbrado para marchar al cuchitril donde pernocta. Allí apaga el farol y guarda gorra, pito, chuzo... A continuación cuelga el manojito de llaves y, con la satisfacción del trabajo bien hecho, acciona desde la cama el interruptor secreto que le permite dejar Madrid paralizada durante horas. Desconoce que solo es un personaje en la mente de ese estudiante advenedizo apellidado Galdós.

6. *No pienso corregir más.* Jesús González Francisco

Juanito Santacruz andaba extraviado por el avispero de callejuelas en el que lo habían abandonado; desaliñado, confuso, hiperbólico, entró en la taberna donde sabía que encontraría al responsable de sus desgracias. Galdós fumaba un cigarro, sentado en una mesa apartada. —Maldito sea, Galdós —se lamentó Juanito al acercarse a su creador—. Ahora Jacinta me desprecia por su culpa. —¿Qué puedo hacer yo? —Haga que vuelva a aceptarme en su lecho. —Eso es imposible, mi querido amigo. No pienso corregir más. Ya está escrito. Y ahora, váyase y no me irrite más, aún debo decidir qué hacer con usted.

7. *Los dones inútiles.* Jesús Francés Dueñas

Era una de esas mujeres raras con uno de esos raros dones inútiles. Los dioses a veces tocan a algunos de nosotros con este tipo de regalos inservibles que nos hacen sentirnos especiales, invulnerables, eternos. Unos recitan de memoria antiguas alineaciones de equipos ya derrotados, otros se saben los nombres de cada uno de los dinosaurios extinguidos. Yo narro cuentos que ya no interesan a nadie. Como el de la cajera del supermercado que sabía detectar con solo tocarlos la textura corrupta de los billetes falsos. En plena vigencia del euro, su especialidad era el Galdós verde de mil pesetas.

8. *¡Galdós!* Roberto Gómez Gijón

¡Galdós! ¡Galdós! gritaba, desde el otro lado de la calle. Un hombre de avanzada edad se dio media vuelta mirando de reojo al muchacho y, siguió su camino con paso lento y pensativo. También, un grupo de mujeres, que parecían esperar a alguien, mostraron interés hacia lo que estaba ocurriendo. Hasta un ciclista, que pasaba por allí, aminoró la marcha ante las voces cada vez más enérgicas del joven. Finalmente, Galdós, apareció, tras recibir una reprimenda, lamió la mano de su amo para seguir con el paseo por las calles de Santander.

9. *Desconocido con flores.* Wilfredo Mañá Serra

Es descorazonador estar hospitalizado y que venga a vernos un desconocido con flores, sobre todo si parece un personaje de Galdós y no va bien afeitado. Por alguna confusión, el hombre cree estar visitando a su jefe, y yo, vendado de pies a cabeza, no puedo desengañarlo ni hacer que se vaya. Empieza a contarme cosas de la empresa. Me quedo dormido. Despierto y el extraño aún sigue hablando, ininterrumpidamente. Decido entonces, mientras la luz baja de la tarde va dando a las cosas un depresivo ocre de abandono, que voy a comunicarle, serena pero firmemente, que está despedido.

10. Profecía autocumplida. Sergio Capitán Herraiz

Lo primero que me llamó la atención fue el nombre con el que aparecía en aquella aplicación de citas. Se hacía llamar “Galdós”, y de imagen aparecía el retrato que Sorolla hizo del escritor. En nuestras cada vez más frecuentes conversaciones, él se definía como un aprendiz en eterna duda y un apasionado de la palabra. Un día me sinceré y le dije que me obsesionaba la perfección. Me mandó un icono sonriente, a la vez que me llamó “Doña Perfecta”. Llevamos un tiempo viviendo juntos, en la calle Trafalgar. Tenemos una perrita, Tristana. Y dos gatas, Fortunata y Jacinta.

11. Encuentro con la de Bringas. Gloria Fernández Sánchez

Rosalía, la de Bringas, encuentra a Galdós en la calle. Señor mío, deme usted unas pesetas, que he de comprarme unas lazadas de tafetán. ¿Cómo dice? ¿Con qué descaro me asalta en vía pública? Me ha hecho así de derrochadora: es culpa suya y no mía. Me vuelve usted desgraciada para su gusto y ventaja. Perdone el genio, don Benito, pero los acreedores me persiguen. Tome usted una monedilla de plata. Qué desatino este de ser novelista. Es como enfrentarse al juicio de cien hijos descontentos. Y se queda mirando la cintura pequeña de la joven, que escapa hacia Mayor.

12. El padre del insomnio. Gustavo Enrique González

En las madrugadas de insomnio me refugiaba en la trinchera de la cocina, seguro de encontrarte. Me recibías sonriente, con tu camuflaje de cigarrillo y café. Esgrimías un mazo de naipes recién mezclado, dispuesto a perder. Luego, me regalabas consejos acerca de la vida con detalle galdosiano, para enseñarme a ganar. No encontraba respuestas frente a la ausencia de mi mamá, ignorando que tú quedaste lleno de preguntas sin tu compañera. Mis fantasmas se hicieron amigos de los tuyos y tú me enseñaste a respetarlos y negociar con ellos. Buenas noches. Que descanses en paz.

13. *El fantasma de la libertad*. Alberto Palacios Santos

Benito inventó a Fortunata para poder soñar con ella, le creó un rostro gracioso, cabello moreno y un cuerpo de escándalo. Para hacerla más humana la situó en una corrala y le dio una vida miserable. Cuando acabó de imaginarla fue a la corrala, preguntó por ella y la encontró, a medio camino de algún episodio, en las escaleras de madera. Llevaba un pañuelo en la cabeza y un mantón sobre los hombros. Galdós quedó impresionado por su obra, no supo que decirle y, en un ataque de torpeza, le pidió matrimonio. Por suerte, Fortunata era una mujer sin ataduras.

14. *Reescribir Madrid*. Alberto Palacios Santos

Volvió Galdós a Madrid, vio a mendigos dormir en las calles, encontró mil historias enredadas en las galerías del tren subterráneo, y se estremeció cuando vio huir de la policía a un grupo de africanos. Volvió Galdós a Madrid, vio desahucios, y sirenas, y manifestaciones, y pintadas en los muros, y banderas de muchos colores. Vio tiendas enormes y restaurantes caros, y viajeros de todas las razas cargados de bolsas, y automóviles imposibles rodando por sus calles. En una librería del centro vio su fotografía y la leyenda “Galdós es Madrid” y pensó que, de nuevo, tenía todo por escribir.

15. *Morir en abril*. Eloy Calvo Pérez

¡Cómo habría disfrutado! Siempre le gustaron las multitudes. Acostumbraba a coger el metro en hora punta y a comprar los sábados en el hiper. Paseaba por el Rastro o el Retiro los domingos y era un asiduo del 7 en Las Ventas. Se desgañitaba hasta la extenuación en los conciertos de Sabina y no se perdía ni un partido de su Atlético. Sí. Habría disfrutado de lo lindo, pero morir en abril, en plena pandemia, le impidió gozar de un entierro multitudinario como el de Galdós, uno de sus escritores preferidos. Bien que lo sentiría en el otro mundo.

16. *El bucle infinito*. Ángel Montoro Valverde

—Un follamigo con pasta me preñó del Yonatan, ¿sabes?, pero se abrió para montárselo con una Barbie —decía la más joven, realmente atractiva a ojos del oculto observador, pese a su melena fucsia y el zarcillo de la ceja—. Acabé con Maxi el Boticas, buen pavo, pero muy colgao... El pijo me pone cantidad y a veces quedamos en su pisito de Pérez Galdós, esquina Fuencarral. Tengo una falta, tía. ¡Qué marrón! El disimulado oyente, viajero del tiempo, atusándose el bigote, consultó el traductor intergeneracional de jergas castizas. Efectivamente, encontró de nuevo a su Fortunata. Aunque la llamen Yesi.

17. *¿Soñaba?* J. Margarita Otero Solloso

Me levanté tropezando con palabras y letras desperdigadas por toda mi habitación. La palabra Ausencia me había empujado de la cama. Resbalé con el sustantivo Lágrima, y al caerme, la E de Estúpida se me insertó en el pelo a modo de peineta. La A de Alma se desangraba sobre el suelo y la palabra Batalla cayó de mi mesilla partiéndose en dos ... «¡Bah!, ¿qué talla usaré ya?» pensé al mirar los restos del «letricidio». El adjetivo Infiel giraba a mi alrededor: ¡Ese era el culpable! Me dormí leyendo un relato de Galdós. Tal vez conjugaba el verbo Soñar.

18. *Si la dicha es buena*. Sonia Vega Sosa

Subió por la Gran Vía y se presentó en el número 5 de la calle Hortaleza. Por fin, hizo entrega de la nota que durante tanto tiempo custodió. “Señor Pérez Galdós, tengo constancia de que nos ha estado observando y ha relatado nuestras venturas y desventuras en una de sus obras literarias. Como conocedor de la situación de la señá Benina, ruégole a Vd. que, haciendo alarde de misericordia, tenga a bien hacerle llegar una simbólica cantidad estipulada en 3 pesetas en calidad de derechos de imagen. Fdo. Don Romualdo”.

19. *Futuro*. Lidia Ramallo Sánchez

Cuando su zapato de tacón se enganchó en la alfombra señorial de la biblioteca, todos los volúmenes quedaron esparcidos por el suelo. Miró por la ventana y, al comprobar que su madre seguía atareada regando las rosas del jardín, se atrevió a coger un libro. Fortunata y Jacinta de Benito Pérez Galdós, rezaba la portada. Se sentó en la butaca de estilo isabelino del abuelo y comenzó a leer. En ese instante comprendió que solo lograría caminar erguida llevando los libros en el interior de su cabeza, no encima de ella.

20. *Miau*. Gloria Fernández Sánchez

Don Ramón, piense bien en lo que va a hacer. Que el matarse no tiene vuelta atrás. Señor Galdós, usted me ha llevado a este abismo. ¿Y me aconseja que rectifique? Además, tampoco es creyente, qué más nos da. Eso no lo sé de cierto. Soy agnóstico, don Ramón. ¡Ah, del infierno!, responde el pobre cesante. ¿Y Luisito? Pobre nieto, un lunático. Suspira hondamente Galdós. Le dejo libre, Villaamil, por una vez haga lo que apetezca, sin la tiranía de mi pluma. Y al girarse don Benito, oye el tiro de gracia.

21. *Naturalismo*. José A. Gago Martín

Galdós no es de trasnochar, por las tardes se deja caer por el nuevo Café de Levante, en la Puerta del Sol, a degustar los riñones que allí preparan. A veces, también, pasa por allí Clarín. Aprueba los riñones, pero aprecia, sobre todo, conversar con Galdós, que acaba de publicar “La desheredada”. Clarín no puede evitar un juicio crítico, con aquel humor suyo, seco como un latigazo: —Benito, eres contradictorio, —dice—, escribes con lápiz por economía, pero te has echado a la corriente: derrochas quinientas páginas en una prostituta. —Ya sé que tú solo gastas una peseta, Leopoldo, —le replica.

22. *De lunes a sábado.* Alberto García Martínez

Aquel Madrid galdosiano desapareció cuando abandonó la almendra central, la poesía que toda ciudad necesita para existir se evaporó. Volvió el domingo para recuperar la ilusión, pero algo extraño sucedió. Las casas se le antojaron ahora vacías, los comercios estaban cerrados y las calles desiertas. Se acercó al cartel que el sábado ignoró y su leyenda le dejó confuso: "Esta recreación permanecerá cerrada domingos y festivos".

23. *Últimas voluntades.* Jesús Jiménez Reinaldo

Excéntrica hasta la muerte, así fue la existencia punzante de la tía Santiaga. Sus sobrinos, veinticinco, algunos con el mismo nombre que ella pues los presentó en la pila bautismal, hubieron de escuchar que las exequias durarían once días, según el rito de las incineraciones micénicas, pira funeraria incluida, y que con ella arderían las joyas que heredó de su madre, la primera edición de "La desheredada" firmada por el propio Galdós en 1881 y el cincuenta por ciento de su capital en papel moneda. Lo que restase de su fortuna, una futesa, se lo podrían repartir equitativamente entre todos.

24. *Leer con delectación.* Eloy Calvo Pérez

Tres años dándoles esquinazo y volvíamos a encontrarnos en la casilla de salida de ese juego que solo podía terminar en sangre. La mía. Si en todo ese tiempo no había sido capaz de despistarlos ya no lo conseguiría. Sabía lo que me esperaba. Un tiro en la nuca tras una cruel agonía. Lo dispuse todo y me senté. Acaricié la novela de Galdós con la solemnidad que exigía el momento. No lo pude evitar y comencé a leer con delectación. Ese fue mi error. Llegaron antes de que me volara la tapa de los sesos.

25. *Cuentas pendientes*. Pilar María Lorenzo Diéguez

—Señora, por favor tranquilícese y explíquese porque no entiendo nada. Todas las miradas se dirigieron hacia la mesa del fondo del Restaurante Botín. Los que veían la escena desde la distancia sentían lástima de aquella elegante mujer que no cesaba de llorar. De pie, delicada como una figura de porcelana, exigía cuentas al caballero que estaba comiendo, al que culpaba de sus desgracias. Aquel, muy sonrojado, no salía de su asombro. —¿De verdad no me reconoce? Jacinta se acercó más a Galdós y le propinó un bofetón. —Esto, por haber preñado a Fortunata y no a mí.

26. *Cesante*. Eva Corrales Gómez

Nunca antes me había sentido tan desdichada y tan miserable. Le llamaba por teléfono a todas horas pero era incapaz de articular palabra. Le esperaba a la salida del trabajo y le perseguía a trompicones, llorando a moco tendido. Me sentaba cada noche en un banco enfrente de su portal, ansiando su llegada inútilmente, para suplicarle que no me abandonara. Me veía como uno de esos personajes galdosianos, levita gastada y llena de manchas, que se arrastra de tertulia en tertulia mendigando un empleo de algún Ministerio. Yo también era una cesante. Del amor.

27. *Nochevieja con Tristana*. Miren Intxaurreaga Abezia

El mantel blanco, bordado con bodoques, recogía el servicio dispuesto para la ocasión; el corte de color corría a cargo de dos velas rojas en el centro floral de acebo, y los sonos de villancicos envolvían el aire del salón en la vivienda de Chamberí. Manuel había ido a esquiar con su familia. Pablo, desde que se fue a perfeccionar su inglés, nunca estaba en casa. Aparcó el álbum de fotos que la había conducido a la nostalgia, y retomando a Galdós, fácilmente empatizó con la protagonista. Esa pobre chica, con su horizonte ennegrecido, sí que tenía motivos para llorar.

28. *Un ciudadano de Madrid.* Úrsula Viera Angulo

Svetoslav camina a saltitos por las calles de Madrid, demasiado temprano incluso para las madrugadoras señoras que tienden pequeños trapos en sus estrechos balcones plagados de geranios. Su cuerpo largo y esbelto de bailarín se detiene y se apoya en el portal del nº3 de la calle Pérez Galdós. Fuma un cigarro con la mirada perdida en Bulgaria, su patria, antes de subir al tajo. En su chándal pasado de moda y moteado de pintura se puede leer “Reformas Integrales Madroño”. Mientras echa la última calada le entran unas ganas incontenibles de ejecutar un grand jeté como lo hacía antaño.

29. *Desagravio galdosiano.* Víctor Almazán

Ilustre doctor Saussure: cuando escriba la última palabra de esta carta moriré. Mas al fin podré librarme de tantas incertid... que he arrostrado con mi enfermedad. Mi muerte demostrará que es usted un fraude. Me ha sometido a continuos padecimien... para justificar sus diagnóst... erróneos. Pero gracias a una casuali... (un manual psiquiátr...) he descubierto el problema; no soy autista ni esquizofr... Y su orden de no volver a leer a Galdós tampoco tenía lógica médica: simplemen... le tengo miedo a las palabras largas. Ojalá nunca pueda arrancar mi muerte de su conciencia. Mi problema, señor, es que sufro hipopotomonstrosesquipedaliofobia.

30. *Una limosna por el amor de Dios.* José Joaquín César Benavides

Los desheredados se arremolinan en torno a los parroquianos que salen de misa. Humildemente aproximan sus palmas, implorando caridad con un soniquete lastimero. Algunos feligreses sueltan alguna moneda. Sin embargo, don Olegario opta por escabullirse, mas tropieza con un infeliz y cae al suelo. El mendigo le ayuda a levantarse y don Olegario escudriña su rostro exclamando: —“¡Don Benito! ¿Qué hace Vd. vestido así? Galdós se lleva el índice a los labios y le susurra al oído: —“Si no conozco a los necesitados, ¿cómo quiere que después escriba fielmente sobre ellos? Por cierto, ¿me da una limosnita?”